

SOBRE LO MAL QUE LO HACEMOS: LA FAMILIA COMO SOLUCIÓN POSIBLE

Agustín de la Herrán

¿QUÉ ESTAMOS HACIENDO, QUÉ ESTAMOS CONSTRUYENDO?

A veces, una hoja mustia denota un problema radical. Otras veces, la desorientación de un pez tiene que ver con el estado de sus aguas y de su ecosistema. Un problema informático puede estar causado por su mal uso. En los tres casos, ¿bastaría con arrancar la hoja, vitami-

nar al pez o reparar la máquina? Este error fundamental se da con frecuencia en educación, y particularmente en educación familiar.

La necesidad de educación familiar suele estar motivada por las características y el comportamiento de los hijos. Plantear así la cuestión puede nacer de un desenfoque fundamental. La educación es un ámbito complejo, dependiente de múltiples relaciones. La educación familiar no habría de ocuparse del niño en primer plano. Los hijos son un efecto de sus circunstancias. Siendo así, en buena lógica, deberíamos centrarnos también en ellas, y no sólo en sus comportamientos. Reconocer que lo que tenemos delante puede tener que ver con lo que hacemos, porque no siempre hay culpas, sino causas, es un paso adelante maduro e infrecuente. Pero puede ser decisivo. Así pues, **si realmente queremos educar a los hijos, empecemos por nosotros mismos**, porque en educación el camino más corto casi siempre es la línea curva, que en este caso pasa por la familia y por nosotros como sujeto-objeto formativo de nosotros mismos.

LA IGNORANCIA SOBRE EDUCACIÓN ES EL CONTEXTO REAL DE LA EDUCACIÓN FAMILIAR

La madurez se opone a egocentrismo y a ignorancia. Como el egocentrismo (personal, institucional, social) y la ignorancia lo saturan todo, deducimos que estamos en la sociedad de la inmadurez. Por lo que respecta al conocimiento pedagógico, los distintos sectores sociales tienen de común la ignorancia generalizada. Lo somos tanto que muchos políticos, padres, jueces, psicólogos... no reconocen lo poco que saben de Pedagogía y de Didáctica, y lo relevante que sería formarse en estos ámbitos científicos. En cambio, con frecuencia se critica a la Pedagogía, se la aplica a cualquier cosa, se confunde con Psicología, se politiza la enseñanza con descaro, etc. Mucho de lo que posteriormente se construye es consecuencia de este no-saber sabido. Como conse-



cuencia, en ningún ámbito funcional, personal, profesional o científico -salvo en el educativo- se procede sin requerir la necesaria formación didáctica y sin exigir el descondicionamiento doctrinario previo, político y religioso (Condorcet) como condición formativa. La falta de formación pedagógica no sólo afecta en general a los centros de enseñanza media y superior, sino de manera especial a los medios de comunicación, a los partidos políticos y religiosos y a los padres. Es un problema social cuya raíz es común.

LA REFORMA EDUCATIVA DE LA SOCIEDAD COMO SOLUCIÓN LÓGICA

Porque «Cuando el agua sube, el barco también» (proverbio japonés), la gran posibilidad de intervención es la educación generalizada de la sociedad, incluida la de las familias. Hemos requerido de los sistemas sociales no escolares una reforma educativa complementaria a la del sistema educativo (A. de la Herrán, 1993, 2003); pero la solución no puede ser que «la tribu toda eduque» (Marina), si antes ésta no se *destribaliza* interior y exteriormente: nos sobran tribus y nos falta humanidad. La gran baza social es emprender decididamente una reforma general centrada en la Educación de la Razón que eleve el nivel de reflexividad y de conciencia: Una nueva *paideia* universal, un nuevo Renacimiento educativo, otro Siglo de las Luces, donde el reflejo de la Educación en todo (Kant) sea el hecho fundamental del que depende lo que se genera y sucede. ¿Por qué *paideia*, Renacimiento o Luces? Porque atravesamos un tipo peculiar de oscuridad que quizá radique más en nuestra deficiente mirada y corta vista que en las condiciones exteriores. ¿Y por qué *educación de la razón*? Porque si somos el resultado de nuestro conocimiento y formación, la educación –no la escolaridad- tendrá algo que ver con nosotros. Queremos cambiar el exterior sin modificar el interior, y esto no es posible.

UNA CLAVE ESTÁ EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

¿Por qué en los medios? Por sus posibilidades. Los medios tienen una función de correa de transmisión de valores sociales, de conocimientos, de influencia, de poder, etc. Dan cuerda a todo lo que tocan. Es relevante lo que hacen bien, mal y lo que dejan por hacer. Hoy casi todos son parciales, sesgados, actúan para la rentabilidad, la influencia y la consideración, se centran en lo llamativo y lo terrible, construyen su acervo desde hechos, opiniones y quejas. No edifican suficientemente desde y para el conocimiento, están lejos de desarrollar una función formativa y comunican ilusión de lucidez. Sin embargo, dado su potencial instrumental y de alcance, podrían ahormar un mismo proyecto educativo. ¿Cómo? Por ósmosis y con una premisa semejante a: «Antes de educar a los hijos, educar a los padres. Antes de educar a los padres, educar a la sociedad». Así pues, ésta es



la propuesta: **la educación familiar debería centrarse en la formación pedagógica de los padres a través de los medios de comunicación.**

ALGUNAS CLAVES FORMATIVAS DE LA EDUCACIÓN FAMILIAR

Proponemos centrar los espacios de actuación educativa conjunta «medios-familias-escuela-resto de la sociedad» sobre las siguientes premisas o argumentos:

La base es una sensibilidad pedagógica, comprendida como actitud favorable, apertura e inquietud por el conocimiento educativo de los niños, para reflexionar mejor y decidir desde lo que al niño y a su seguridad emocional y autoconfianza conviene, y no desde interpretaciones y motivaciones egocéntricas, por ejemplo: que me quiera, que me deje tranquilo, que se me parezca, etc.

El principal referente, pretensión, contenido, recurso y modo de educación familiar somos los padres. Literalmente «nos enseñamos, nos mostramos» permanentemente a nuestros hijos, como por otra parte hacen todos los educadores presenciales. En consecuencia, los niños nos aprehenden, nos absorben muy significativamente. Nuestra forma de ser y de actuar (actitudes, agresividad, vocabulario, reflexividad, etc.) casi siempre está más presente que lo que queremos comunicar. Se deduce de esto que la educación familiar comienza por la autoobservación distanciada y el autoanálisis de lo que los padres hacemos, para detectar fortalezas, debilidades y definir propuestas de mejora. Las consecuencias de nuestra educación familiar puede tener mucho que ver con lo que hacemos. Incluyéndonos dentro del objeto de la educación familiar, conseguiremos conocernos un poco mejor y adquirir mayor conciencia de lo que ante nosotros ocurre. Ampliando la complejidad del fenómeno,



nos aproximaremos más a la realidad, ampliaremos nuestra capacidad comprensiva y estaremos en mejor situación de conocer a nuestros hijos para poder sentir y comprender desde su punto de vista.

Un andamiaje de rutinas, ritmos, límites y normas en familia resulta un sistema orientador. Cualquier persona necesita que aquello con lo que interactúa (leyes físicas, cosas, personas, sistemas, etc.) sean fiables. Así mismo, el niño necesita sentir, desde los primeros meses de vida, que su vida familiar se asienta en un orden y un funcionamiento razonable y admitido, comprensible y claro, flexible y en cambio evolutivo. Con frecuencia los sistemas familiares desatienden esta necesidad o la aplican tardía y paliativamente. Cuando esta desatención es permanente, la personalidad de los niños se resiente, por falta de andamiaje. La finalidad de los andamios es su desmontaje. Análogamente, para que los continentes se formen es imprescindible que el océano se retire. Sólo así su presencia continuará interiorizada, personalizada. En educación, es imprescindible que esto ocurra gradualmente y de un modo coordinado con la escuela. Cuando el sistema está interiorizado, el niño está interiormente orientado. Desde aquí, debe primar la autorregulación, la autonomía y la formación del pensamiento propio. Excepcionalmente, si transgrede sabiéndolo y de forma no justificable, puede recurrirse al castigo, en su

lectura de aplazamiento o privación de algo deseable, con estas cauciones: 1) Es un último recurso no deseable a priori. Por tanto, ha de ser puntual y no ha de convertirse en costumbre. 2) Ha de ser coherente con el andamiaje interiorizado de límites y normas. Por tanto, ha de provenir del sistema comprensivo y previamente conocido y aceptado, no de la sorpresa. 3) Nunca ha de recurrirse al castigo físico. 4) Debe ser adecuado, proporcionado. 5) Ha de estar acompañado de reflexión antes y después. 6) Se ha de aplicar, en su caso, inmediatamente después de la transgresión. 7) Conviene hacer ver al niño que el castigo, en los términos anteriores, es una consecuencia de su comportamiento, y por ende es controlable desde su responsabilidad. Insistimos en esto: los castigos han de identificarse con situaciones singulares, minan en mayor o menor medida la autoestima del niño, si se aplican mal pueden distanciar, a veces irreversiblemente, al niño de los padres, y tienen una limitada capacidad formativa. El equilibrio entre firmeza y cariño puede, no obstante, tender a manipular más o menos inconsciente e inconfesablemente a los hijos a nuestro antojo. Es fundamental distanciarse de las rutas trazadas e intentar sustituir la motivación egocéntrica por la actuación para la formación centrada en lo que a los niños y adolescentes conviene.

Favorecer la comunicación didáctica en familia.

Cuando un niño recurre a los padres para satisfacer sus intereses y necesidades suele ser buena señal. Se sugiere organizar la comunicación familiar con nuestro hijo con un sentido didáctico o de enseñanza para la formación en y para la vida cotidiana y sus procesos desde varios vértices: 1) El respeto didáctico, para responder sin entrometerse o agobiar, sin invadir o suplantar, evitando de este modo que el niño aprenda. 2) El equilibrio comunicativo, mejor sereno, activo y basado en la palabra. 3) El conocimiento, o sea: receptividad, escucha, observación, empatía y reflexión de todos para la mejora. 4) Los elogios y el afecto expreso y abierto, no constreñido ni a cuentagotas. 5) La enseñanza a través del ejemplo, la coherencia, la reflexión, la creatividad y el humor saludable.

Redefinir el sentido de la educación familiar: Con frecuencia la educación familiar gravita en el abastecimiento material, el control conductual y el ocio. Sin abandonar los referentes anteriores, proponemos su enriquecimiento con otros, cuya característica es poder ser compartidos por todos, padres e hijos: la madurez personal, responsabilidad incluida, y el crecimiento interior, humildad o disposición a aprender y formarse incluida. No se crece ni se puede madurar sin disolver los egocentrismos, no se disuelven los egocentrismos sin conciencia, no hay conciencia sin conocimiento, no se conoce sin espacio para el afecto, la duda fértil, la creatividad, la crítica, la ética y el esfuerzo adquisitivo orientado a la educación de la razón, que es la experiencia a la vez más grata y más segura.